

# *Vidyā*

*Verano 2020*



## SUMARIO

*Acerca del Jñana Yoga*

Eso eres Tú

Somos hijos del deseo

La reacción es sensibilidad

Es necesario estar preparados

Periódico trimestral: Año X N° 38 - Verano 2020  
Expedición previa suscripción gratuita.  
Dirección y Redacción: Āśram Vidyā España, Madrid.  
Correo electrónico: [vidya@asramvidya.es](mailto:vidya@asramvidya.es)  
© Vidyā. Roma

### **Publicación no comercial**

---

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial en ningún tipo de medio físico o virtual sin previo consentimiento expreso por escrito por parte del editor.

## ACERCA DEL JÑĀNA YOGA

por Śrī Vivekānanda

Conocer el *Om* es conocer el secreto del universo. El fin del *jñāna yoga* es el mismo que el del *bhakti yoga* y el *rāja yoga*, pero el método es diferente. Es el *yoga* de los fuertes, de aquellos que no son místicos, ni sentimentales, ni devocionales, sino racionales.

Así como el *bhakti yogi* abre el camino a la unión total con el Supremo a través del amor y la devoción, el *jñāna yogi* abre el camino hacia la realización del Supremo con el poder de la razón pura. Debe estar preparado para rechazar todos los viejos ídolos, todas las viejas creencias y supersticiones, todo deseo por este mundo o por otro, y haber tomado la determinación de buscar solo la liberación de lo contingente y lo impermanente. Esto implica reconocer lo que somos realmente, más allá del miedo, del nacimiento, de la muerte. El bien más elevado es la realización del Sí-mismo que está más allá de los sentidos, más allá del pensamiento. El verdadero “Yo” no puede ser percibido con la mente. Es el Sujeto eterno y nunca puede convertirse en objeto de conocimiento empírico, ya que éste se refiere a lo relativo y no a lo Absoluto. Todo conocimiento que proviene de los sentidos es un límite, es una cadena interminable de causa y efecto. El

mundo es relativo, es la sombra de lo Real. Sin embargo, dado que este mundo es el plano del equilibrio donde se encuentran la infelicidad y la felicidad, es entonces el plano en el que el hombre puede realizar su verdadero ser y reconocer que es *Brahman*.

Este mundo es el desarrollo de la naturaleza (*prakṛti*); es nuestra interpretación de *Brahman* o Infinito, visto a través del velo de *māyā* o apariencia. Sin embargo, el mundo no es una nada, ya que tiene cierto grado de realidad.

¿Cómo podemos conocer al Conocedor? El *Vedānta* dice: “Somos el Conocedor último y este Conocedor nunca puede convertirse en un objeto de conocimiento”. Ciertamente, de vez en cuando podemos tener una “manifestación” fugaz de Eso. Una vez que hayamos descubierto la *ilusión* o el espejismo del mundo, lo volveremos a encontrar. El objetivo de todas las filosofías tradicionales es ir más allá del espejismo. La enseñanza constante de los *Veda* es que el hombre y el Ser son uno, pero pocos son capaces de traspasar el velo y realizar esta verdad.

Lo primero de lo que debe liberarse quien quiere convertirse en *jñāni* es del miedo. El miedo es uno de nuestros peores enemigos. Es necesario repetir continuamente: “*No soy el cuerpo, no soy la mente, no soy el pensamiento, ni siquiera soy la conciencia egoica*”. Cuando puedas eliminar todo esto, sólo quedará el verdadero Sí-mismo. La meditación del *jñāni* tiene dos aspectos: rechazar todo lo que no somos y fundamentarse en lo que *realmente somos*, el *ātman*, el Sí-mismo único, que es Existencia, Conciencia, Bienaventuranza.

El verdadero filósofo debe persistir en su discernimiento hasta los límites extremos; no debe aceptar detenerse en ninguna etapa del camino. Tan pronto como comencemos a eliminar lo que no es, tendremos que darnos cuenta de lo que no se puede eliminar, es decir, el Sí-mismo. Este Sí-mismo es el Testigo de lo manifestado, es inmutable, eterno, infinito. Son las diversas capas de *māyā* las que lo esconden de nuestra conciencia, pero Él siempre permanece igual.

Según la *Upaniṣad*, dos pájaros se encuentran en un árbol; el pájaro inferior se mueve de una rama a otra, ora comiendo frutas dulces y sintiéndose feliz, ora frutas amargas y sintiendo pena. Un día, después de comer una fruta más amarga de lo habitual, mira la tranquila majestuosidad del pájaro de arriba y piensa: “Cómo me gustaría parecerme a él”. Olvidando la idea de parecerse al pájaro de arriba, continúa como antes comiendo frutas dulces y amargas, sintiéndose ahora feliz, ahora infeliz. De nuevo mira hacia arriba y de nuevo se acerca un poco más al tranquilo y majestuoso pájaro que está arriba. Esto se repite varias veces, hasta que se acerca mucho al pájaro que está en lo alto. El esplendor de sus plumas lo deslumbra, parece que lo atraiga y, finalmente, para su gran asombro, percibe que sólo hay un pájaro, que él siempre ha sido el pájaro de arriba y, finalmente, se da cuenta.

El individuo es como el pájaro de abajo, pero si persevera en sus esfuerzos por ascender hasta el ideal más elevado que pueda concebir, también descubrirá que siempre ha sido el Sí-mismo y que el otro es sólo una proyección. El verdadero *jñāni* trasciende completamente lo que llamamos materia y cualquier creencia sobre su realidad. El *jñāni* debe

tener siempre presente *Om Tat Sat*, es decir, la única verdadera realidad es el *Om*. La unidad metafísica es la base del *jñāna* yoga. Se llama *advaita* (sin dualidad). Es la piedra angular de la filosofía *Vedānta*, el alfa y el omega. «*Brahman es la única realidad, todo lo demás es apariencia, y Yo soy Brahman*».

Sólo reconociéndonos como tal podemos crear identidad con Eso, podemos elevarnos más allá de toda dualidad, más allá del bien y del mal, del placer y del sufrimiento, y podemos revelarnos como el Uno eterno, inmutable e infinito, el Uno sin segundo.

El *jñāna* yogui debe ser intransigente consigo mismo, pero al mismo tiempo, debe ser grande y extenso como el cielo. Debe controlar absolutamente su mente, ser capaz de comprender a un budhista o a un cristiano, ser capaz de participar en todos los diferentes puntos de vista y, sin embargo, permanecer estable en la Armonía eterna. Sólo la práctica constante puede permitirnos lograr este control. Todas las modificaciones están en el Uno, pero debemos aprender a no identificarnos con lo que estamos haciendo, a no sentir nada, a no ver nada y a no hablar más que del tema en cuestión. Día y noche debemos reconocernos como: «*Yo soy Eso, Yo soy Eso, Yo soy Eso* »

\*

El mayor Maestro de la filosofía *Vedānta* es *Śaṅkarācārya*. Con un razonamiento sólido, Él extrajo de los *Veda* la verdad del *Vedānta*, construyendo sobre ellos [los *Veda*] la maravillosa filosofía *jñāna* que se enseña en

sus comentarios. Él unifica todas las descripciones contradictorias de *Brahman* y demuestra que sólo hay una Realidad infinita. También demuestra que, dado que el hombre no puede progresar sino lentamente en el camino hacia lo alto, cada presentación diferente es necesaria sólo a causa de las diferentes capacidades. En las enseñanzas de Jesús, encontramos un pensamiento similar a este que Él adapta de modo evidente a las diversas posibilidades de las personas que le escuchan. En primer lugar, les habla de un Padre Celestial y les pide que le recen. Luego va un poco más allá y les dice: «Yo soy la viña y vosotros sois las ramas». Y finalmente les da la verdad más alta: «Yo y el Padre somos uno» y «El Reino de los Cielos está en vosotros». Śāṅkara enseña que los dones de Dios son de tres tipos: un cuerpo humano, la aspiración a Dios y un Instructor que pueda mostrarnos el Camino. Cuando tenemos estos tres dones, podemos saber que la liberación está cerca. Sólo el *conocimiento* puede liberarnos y salvarnos, pero la virtud debe llegar con el conocimiento.

La esencia del *Vedānta* es que el Ser carece de segundo y nosotros, como alma, somos este Ser, no sólo una parte de este Ser. Todo el sol se refleja en una gota de rocío. Cuando este Ser aparece como tiempo, espacio y causalidad, lo conocemos como hombre u otra cosa, pero detrás de todas las “apariencias” está la Realidad única. Debemos liberarnos del *sueño* engañoso de ser el cuerpo u otra cosa. Es necesario desvelar la verdad: “Yo soy Él”. No somos gotas que cayendo en el océano se pierden. Cada uno de nosotros es la totalidad, el océano infinito, y lo sabremos sólo cuando nos liberemos de las cadenas de la ilusión (*māyā*). Lo infi-

nito no puede ser dividido, el “Uno sin segundo” no puede tener un segundo, todo es ese Único. Este conocimiento es para todos, pero debemos despertarnos para obtenerlo ahora, porque sin él no podremos ser de ninguna ayuda.

El *jīvanmukta* (alma liberada o aquel que conoce) es el único capaz de dar el Amor verdadero, la Caridad verdadera, la Verdad real, y “es la Verdad la que te hace libre”. El deseo nos hace esclavos de nosotros mismos, es el tirano insaciable que no concede descanso a sus víctimas. Pero el *jīvanmukta* ha conquistado todos los deseos elevándose al conocimiento de ser el Uno y de no tener nada que desear.

La mente nos presenta todas nuestras ilusiones: el cuerpo, las creencias, la casta, la servidumbre, por eso debemos presentar incesantemente la verdad a la conciencia hasta que llegue a realizarla. Nuestra verdadera naturaleza es la Beatitud y todo el placer que conocemos no es más que un mero reflejo de ella. La Bienaventuranza está más allá del placer y el sufrimiento, es el Testigo de lo manifiesto, es el lector inmutable frente a quien pasamos las páginas del libro de la vida.

De la práctica obtenemos el *yoga*; del *yoga*, el Conocimiento; del Conocimiento, el Amor; y del Amor, la Beatitud.

Decir “yo” y “mío” es una ilusión. Hemos vivido en ella durante tanto tiempo que es tarea ardua liberarse de ella. Sin embargo, es necesario hacerlo si queremos llegar más alto. Debemos ser alegres, los rostros tristes no dan la espiritualidad. Esta tiene que ser la cosa más alegre del mundo. El ascetismo forzado no puede hacernos santos. Un hombre que ama a Dios y que es puro, ¿por qué debería estar triste? Debería ser feliz como un niño, ser verdaderamente un hijo



de Dios. Lo esencial para cualquier religión es purificar el corazón. El Reino de los Cielos está en nosotros, pero sólo aquel cuyo corazón es puro puede ver al Rey.

Cuando pensamos en el mundo, para nosotros sólo será el mundo, pero si pensamos en él con el sentimiento de que el mundo es un reflejo de Dios, entonces tendremos a Dios. Este es un reconocimiento hacia todo el mundo y todas las cosas: padres, hijos, esposo, esposa, amigos y enemigos. Pensad en el cambio que supondría que pudiéramos llenar conscientemente el mundo del Ser, sin ver nada más que el Ser. Cada preocupación, cada lucha, cada dolor desaparecería para siempre.

*Jñāna* es la ausencia de creencia, lo que no significa desprecio por las creencias. Sólo significa que se ha llegado a un estado más allá de la creencia u opinión. El *jñāni* no busca destruir, sino ayudar a todos. Así como todos los ríos hacen que sus aguas fluyan hacia el mar y se conviertan en uno, todas las opiniones no pueden dejar de conducir a *jñāna*.

La realidad de todas las cosas reside en *Brahman*, pero somos la Realidad sólo cuando comprendemos esta verdad. Cuando nos elevamos por encima de todas las diferencias, sabemos que “el Padre y yo somos uno”

*Jñāna* también es enseñado claramente por *Kṛṣṇa* en la *Bhagavadgītā*. Este gran poema se considera la joya de toda la literatura india. Es una especie de comentario a los *Veda*. Nos enseña que la batalla por la espiritualidad debe tener lugar en esta vida, por lo que no debemos tratar de evitarla, sino más bien forzarla para que nos proporcione todo lo que hay en ella

Resulta muy poético representar la escena sobre un campo de batalla, dado que la *Gītā* simboliza la lucha por las cosas más elevadas. *Kṛṣṇa* nos aparece como el auriga del carro de *Arjuna*, el cabeza de uno de los ejércitos presentes en la batalla; Él le pide que no esté triste, que no tenga miedo a la muerte porque es inmortal, ya que nada que cambie puede ser parte de la verdadera naturaleza real del hombre. En los distintos capítulos, *Kṛṣṇa* le revela a *Arjuna* las verdades más elevadas de la filosofía y la religión. Estas enseñanzas elevadas hacen que el poema sea extraordinario. Se puede decir que contiene toda la filosofía *vedānta*.

Los *Veda* enseñan que *ātman* es infinito y que de ninguna manera puede ser tocado por la muerte del cuerpo. El *ātman* es un círculo cuya circunferencia no está en ninguna parte, pero cuyo centro, al mismo tiempo, está en un cuerpo. Lo que llamamos muerte no es más que un cambio de estado existencial. El ser es un círculo, cuya circunferencia no está en ninguna parte y cuyo centro está en todas partes y, cuando podemos escapar del *restringido centro* del cuerpo, nosotros realizamos el Ser, la totalidad, nuestra verdadera esencia.

El presente es sólo una línea divisoria entre el pasado y el futuro y, por lo tanto, no podemos decir racionalmente que sólo nos interese el presente. Toda la existencia es pasado, presente y futuro: es la totalidad, ya que la idea del paso del tiempo es sólo un simple concepto representativo de nuestra mente.

\*

*Jñāna* enseña que es necesario desprenderse del mundo, pero no abandonarlo; es decir, estar en el mundo pero sin pertenecer al mundo, éste es el verdadero principio del *samyāsin*. Esta idea de desapego es común a casi todas las religiones, *Jñāna* nos pide que siempre veamos el mundo con el ojo de la ecuanimidad. Alabanza e incriminación, bien y mal, incluso el calor y el frío deben ser lo mismo para nosotros. En India encontramos hombres para quienes todo esto es literalmente cierto. Viajan tanto por las altitudes nevadas del Himalaya como por los desiertos de arena ardiente, completamente desnudos y aparentemente sin darse cuenta de cualquier diferencia de temperatura.

En primer lugar, debemos abandonar la idea del cuerpo; nosotros, como esencia, no somos el cuerpo; del mismo modo, tampoco somos la mente. La simple palabra cuerpo se aplica a casi todo, abarca todo lo que es común a todos los cuerpos: es la existencia formal. Nuestros cuerpos son los símbolos del pensamiento que está detrás de ellos; y los pensamientos, a su vez, son los símbolos de algo que está detrás de ellos y que es la única Existencia real, el Alma de nuestra alma, el Sí-mismo, la Vida de nuestra vida, nuestro verdadero ser. Mientras creamos que somos incluso un poco diferentes del Ser, el miedo permanecerá en nosotros. Pero cuando sepamos que somos el Único, el miedo desaparecerá. ¿De qué podríamos tener miedo? El *jñāni* se eleva por encima del cuerpo con la única fuerza de su voluntad, se eleva por encima de la mente haciendo que lo manifestado se desvanezca. Así él destruye la *avidyā* y llega a conocer su verdadero ser, el *ātman*.

La felicidad y la infelicidad se encuentran sólo en los sentidos, no pueden tocar nuestro verdadero Ser. El *ātman* está más allá del tiempo, del espacio y de la causalidad, es ilimitado, omnipresente.

El *jñāni* debe liberarse de cualquier aspecto formal, debe ir más allá de cualquier regla empírica y de cualquier libro, él mismo debe ser el libro viviente. Cuando estamos atados a las formas, nos cristalizamos y morimos. Sin embargo, el *jñāni* nunca debe condenar a aquellos que no pueden elevarse por encima de las formas. Nunca debe pensar de otro: “soy más santo que tú”.

Estas son las características de un verdadero *jñāni*:

1. No desea nada más que el Conocimiento.
2. Todos sus sentidos están bajo perfecto control. Todo lo soporta sin quejarse, está satisfecho si duerme en el suelo desnudo o duerme en el palacio de un rey. No busca evitar el sufrimiento, lo soporta porque ha abandonado todo, a excepción del Sí-mismo.
3. Sabe que todo es un fenómeno evanescente excepto el Único.
4. Tiene una intensa sed de liberación. Se fija en los aspectos superiores con determinación y alcanza la paz. Actúa sólo para los demás, para el Señor, abandonando los frutos de la acción, y no espera ningún resultado, tanto aquí como en el otro mundo.

¿Qué puede darnos el universo más que nuestro Sí-mismo? Cuando lo tenemos, tenemos todo. Los *Veda* enseñan que el *ātman* -o el Yo- es la única existencia. Está más allá de la mente, de la memoria, del pensamiento e incluso de la conciencia empírica. Es Eso por medio del cual, o a causa del cual, vemos, sentimos, pensamos. El propósito del universo es realizar su identidad con el *Om* o la existencia Una. El *jñāni* debe liberarse de todo condicionamiento formal, no es hindú, ni budista, ni cristiano, pero es las tres cosas juntas. Es necesario renunciar a todos los frutos de la acción para que ninguna acción tenga el poder de atar. El *jñāni* es un pensador especial, niega todo lo que no es constante. Día y noche se dice a sí mismo: “No hay opinión, ni palabra sagrada, ni cielo, ni infierno, ni dogmas, ni iglesia, sólo existe el *ātman*”. Cuando todo lo que no es ha sido rechazado y se ha alcanzado lo que no puede ser refutado, entonces, se descubre el Sí-mismo.

El *jñāni*, huelga decirlo, discrimina a través de la razón pura y la determinación hasta que realiza el *nirvāna*, que es la extinción de toda relatividad. Es imposible describir e incluso concebir este estado.

El *Vedānta* enseña que el *nirvāna* se puede lograr aquí y ahora, que no es necesario esperar a la muerte para alcanzarlo. El *nirvāna* es la realización del Sí-mismo, y si lo habéis conocido, aunque sea por un instante, ya no os sentiréis encantados por el espejismo de la individualidad. Con los sentidos podemos percibir la apariencia, pero al mismo tiempo sabemos lo que es, ya que hemos reencontrado nuestra verdadera naturaleza. La apariencia es la pantalla que enmascara el Sí-mismo, que es inmutable. Si la pantalla

se resuelve, encontramos el Sí-mismo; el cambio está en la pantalla.

En los Santos, la pantalla se ha vuelto transparente para que la realidad pueda brillar allí. En el ignorante es más espesa y más opaca, de modo que no permite “ver” el *ātman*.

Todo razonamiento termina en cuanto se encuentra la Unidad; por esta razón debemos comenzar con el discernimiento y después hacer la síntesis. El mundo de la ciencia generalmente se limita a la búsqueda de una fuerza material subyacente a los fenómenos. Cuando la ciencia física capte perfectamente la unidad material habrá logrado su propósito.

El *jñāna* yoga va más allá de la ciencia porque ha descubierto la Unidad final no-material. En el universo sólo existe el Sí-mismo, los diversos yoes empíricos no son más que sus reflejos. Todo es el Sí-mismo o *Brahman*. El Santo, el pecador, el cordero, el tigre e incluso el asesino son iguales en esencia, porque no hay nada más que la Unidad. «Lo que existe es Uno, sin embargo se le dan diferentes nombres». Nada es más grande que el conocimiento, que viene del *ātman* como un rayo para aquellos que son purificados por el yoga. Cuanto más seamos purificados y preparados por el yoga y la meditación, más luminosos serán los rayos de la realización. Esto es lo que se descubrió hace cuatro mil años.

Todos los que se llaman hombres, en realidad, no son seres humanos, son algo más. Para la mayoría de la gente, lo formal concreto tiene más valor que lo informal. En este sentido, aquí tenemos una historia de dos hombres de Bombay; uno era hindú, el otro jainista. Jugaban al ajedrez en la casa de un rico comerciante de Bombay. La casa estaba ubicada cerca del mar y el juego ya había estado desarrollándose

desde hacía mucho tiempo. El flujo y reflujo de la marea debajo de donde estaban sentados atrajo la atención de los jugadores. Uno de ellos explicó con una leyenda que los dioses se divertían vertiendo agua en esa gran fosa para después retirarla. El otro jugador decía: «No, los dioses suben a la cima de una gran montaña y se sirven [agua]; cuando lo han hecho, la vierten abajo». Un joven estudiante que estaba presente comenzó a reírse de ellos y dijo: « ¿No saben que la marea es causada por la atracción de la luna?». Ante estas palabras los dos hombres se volvieron enojados hacia él y le preguntaron si los consideraba imbéciles. ¿Acaso la luna tiene cuerdas para hacer subir la marea? Se negaron rotundamente a aceptar una explicación tan descabellada. En ese momento entró un invitado y se le informó de la discusión. Era un hombre educado y por supuesto sabía la verdad, pero al ver que era imposible para los dos ajedrecistas entenderla, hizo una señal al alumno y comenzó a dar una explicación de las mareas que resultó muy satisfactoria para los dos oyentes ignorantes. «Debéis saber –les dijo– que a lo lejos, en medio del Océano, hay una inmensa montaña de esponja; ya sabéis bien lo que es una esponja; pues bien, esta montaña de esponja absorbe una gran cantidad de agua por lo que hace bajar el nivel del mar. Pero poco a poco, los dioses descienden y vienen a bailar sobre la montaña y su peso hace salir toda el agua, por lo que el nivel del mar sube. He aquí, señores, la causa de las mareas; ved por vosotros mismos lo simple y razonable que es esta explicación». Los dos hombres, que se habían reído del poder de la luna como causa de las mareas, ¡no encontraron nada increíble en una montaña en la que los dioses podían ir a bailar! Para ellos, los dioses

eran una realidad y habían aceptado la historia de la esponja, que les parecía más plausible que el efecto de la luna y la tierra en el mar.

La “comodidad” no constituye una prueba de la verdad, al contrario, la verdad muchas veces está lejos de ser cómoda. El que verdaderamente busca la verdad no debe atarse a ninguna comodidad. Es difícil dejarlo todo, pero el *jñāni* lo hace. Debe volverse puro, resolver todos los deseos y dejar de identificarse con el cuerpo. Sólo entonces puede brillar en su alma la más alta verdad. El sacrificio es necesario y la inmolación del yo inferior representa el verdadero sacrificio. Todas las ofrendas propiciatorias hechas a los dioses no son más que formas vagamente entendidas del único sacrificio que tiene un valor real: el abandono del yo aparente, gracias al cual podemos realizar el Sí-mismo, el *ātman*. El *jñāni* no debe tener ningún deseo de preservar su cuerpo; debe ser fuerte y encarnar la verdad, incluso si el universo tuviese que destruirse. Es el trabajo de toda una vida, incluso de cien vidas. Son raros los que se esfuerzan por realizar al Dios interior, por renunciar al cielo, al Dios personal y a cualquier esperanza de recompensa. Para esto se necesita una voluntad fuerte, incluso la vacilación es un indicio de una debilidad grave.

El hombre siempre es perfecto, de lo contrario, no podría llegar a serlo, lo que tiene que hacer es únicamente realizarse. Si el hombre estuviera atado a causas externas, sólo podría ser mortal. La inmortalidad no puede ser tal excepto para aquel que es incondicionado. Nada puede tocar el *ātman*: el hombre debe reencontrarse como *Eso*, pero no con el cuerpo ni con la mente. Debe reconocerse como



Testigo del universo y gozar de la belleza del maravilloso panorama que se le presenta. Debe reconocerse a sí mismo como el *Brahman* infinito. Cuando un hombre se realiza en el Uno, en el *ātman*, todo se vuelve posible para él y todo se ofrece a su servicio. Como Śrī Rāmakṛṣṇa dijo: «Una vez obtenida la mantequilla, se puede poner en agua y en leche que no se mezclará ni con una ni con la otra. Asimismo, cuando el hombre ha realizado ese Sí-mismo, ya no puede ser contaminado por el mundo».

Vistas desde lo alto, las distinciones secundarias no son visibles, del mismo modo cuando un hombre se eleve lo suficientemente alto ya no distinguirá a las personas buenas de las malas. Una vez cocido el vaso, ya no podrá tomar otra forma. Lo mismo le sucede a la mente que ha tocado al Señor y ha recibido el bautismo de fuego, entonces, ya no podrá cambiar. Filosofía en sánscrito significa “visión clara” y la religión es filosofía práctica. Una filosofía puramente teórica en la India no se considera de gran valor. No hay ni iglesia organizada, ni hay credo, ni hay dogma.

Las dos grandes divisiones son el *dvaitin* y el *advaitin*. Los primeros dicen: «El camino de la salvación viene de la gracia de Dios. Una vez que la ley de la causalidad se pone en marcha, nada puede detenerla. Dios es el único que no está sujeto a esta ley, Él nos ayuda a romperla con su gracia». El segundo dice: «Detrás de toda naturaleza fenoménica hay algo que está libre de movimiento; encontrando ese algo, que está más allá de toda ley fenoménica, llegamos a la liberación». El *dvaita* no es más que una etapa preliminar, el *advaita* es el objetivo final. Volverse puro y transparente es el camino más corto que conduce a la liberación. Sólo obte-

nemos lo que podemos lograr por nosotros mismos. Ninguna autoridad externa puede salvarnos, ningún credo. Si hay un Dios para todos, todos pueden encontrarlo. No hay necesidad de ninguna autoridad para saber que algo está caliente, cada uno puede descubrirlo por sí mismo.

Lo mismo ocurre con el Ser, cada uno de nosotros puede encontrarlo dentro de sí mismo.

Los hindúes no reconocen el pecado tal y como lo entiende el mundo occidental. Las malas acciones no son un pecado, al cometerlas no ofendemos a ningún [ser] Supremo, pero nos dañamos a nosotros mismos y debemos soportar las consecuencias. Poner el propio dedo en el fuego no es un pecado, es un error, y el que lo haga, sufrirá. Todas las acciones producen ciertos resultados y cada acción retorna a su autor. El “Trinitarismo” es una anticipación del “Unitarismo”. El primer paso se da cuando nos reconocemos como hijos del Ser; El último se da cuando nos realizamos como único *ātman*.

\*

La exigencia de saber por qué los cuerpos no pueden ser eternos es ilógica en sí misma, ya que la palabra “cuerpo” se aplica a ciertas combinaciones de elementos cambiantes, cuya naturaleza es la impermanencia. Dejaremos de tener cuerpos, como solemos llamarlos, cuando no suframos modificaciones. Una materia que estuviera más allá de los límites del tiempo, del espacio y de la causalidad no sería materia en absoluto. El tiempo y el espacio existen sólo en la mente, nuestro Ser-Realidad es permanente. Todas las

formas son transitorias, por eso todas las religiones dicen: «Dios no tiene forma».

Menandro fue un rey griego de Bactriana. Se convirtió al Buddhismo alrededor del 150 a. C. gracias a un monje misionero buddhista y fue llamado Milinda. El instructor le preguntó al joven monje: «¿Puede un hombre perfecto como el Buddha caer en error y cometer equivocaciones?» La respuesta del joven monje fue la siguiente: «El hombre perfecto puede permanecer ignorante de las cuestiones secundarias de las que no tiene experiencia, pero nunca puede equivocarse en la comprensión que realmente ha obtenido. Él es perfecto aquí y ahora. Conoce todo el misterio, la Esencia del universo, pero puede ignorar las variaciones externas a través de las cuales esta Esencia se manifiesta en el tiempo y el espacio. Conoce la arcilla en sí misma, pero puede que no tenga la experiencia de todas las formas en las que puede ser trabajada. El hombre perfecto conoce el Alma misma, pero puede que no conozca todas las formas y combinaciones de su manifestación». Tendría que adquirir un simple conocimiento relativo, exactamente como lo hacemos nosotros, aunque, debido a su inmenso poder, puede aprenderlo mucho más rápido. El formidable “proyector” de una mente perfectamente controlada, cuando se proyecta sobre cualquier objeto, podrá reconocerlo inmediatamente. Es muy importante comprender esto para evitarle todo tipo de fantásticas explicaciones a quien quiera saber por qué un Buddha o un Jesús pudieron haber sido engañados en cuestiones de conocimiento relativo, como sabemos que realmente sucedió. No se debe culpar a los discípulos por informar incorrectamente

de los hechos que han transmitido según su grado de comprensión.

Si algo sucede una vez, puede volver a producirse nuevamente. Si un solo ser humano pudo lograr la perfección, nosotros también podemos lograrla. Si no podemos llegar a ser perfectos aquí y ahora, nunca lo podremos ser, sea cual sea el estado, el cielo y la condición que imaginemos.

Si Jesucristo no fuera perfecto, la religión que lleva su nombre colapsaría. Si fue perfecto, también nosotros podemos ser perfectos. El hombre perfecto no razona ni conoce como nosotros, porque todo nuestro conocimiento es una simple comparación, porque no hay clasificación posible en el Absoluto. Es menos probable que se equivoque el instinto a que lo haga la razón consciente, pero la razón es superior y conduce a la intuición, que llega más lejos. El conocimiento es hermano de la intuición, que es infalible.

Hay tres grados de manifestación para los seres vivos:

1. Subconsciente mecánico no-racional;
2. Consciente, que comprende, pero que puede errar;
3. Supraconsciente, intuitivo e infalible.

Se encuentran ejemplos de esto en el animal, en el hombre y en el Ser.

La ley es como una taquigrafía mental para explicar una serie de fenómenos, pero la ley como entidad, por así decirlo, no existe. Utilizamos esta palabra para explicar una sucesión regular de ciertos eventos en el mundo fenoménico. No debemos permitir que la ley se convierta en superstición,

es decir, como si fuese algo inevitable a lo que debemos someternos. El error puede seguir a la razón, pero la lucha por superar el error nos convierte en dioses. Para elevarnos a la Divinidad, no debemos cometer errores.

Realizad *«Yo soy Existencia absoluta, Conocimiento absoluto, Bienaventuranza absoluta; Yo soy Eso, Yo soy Eso»*.

Alégrate de nacer, alégrate de morir, regocíjate siempre en el amor del Ser. Libérate de la esclavitud del cuerpo; de hecho, nos hemos convertido en esclavos y hemos aprendido a atar nuestras cadenas a nuestro corazón y a amar nuestra esclavitud, hasta el punto de aspirar a perpetuarla. No te apegues a la idea del cuerpo, no pienses en una existencia futura similar a esta; no ames ni desees el cuerpo, ni siquiera el cuerpo de tus seres queridos. La vida es nuestra maestra y la muerte sólo nos deja espacio para empezar de nuevo. El cuerpo es nuestro maestro y el suicidio es una locura, sólo es asesinar a nuestro maestro. Otro ocupará su lugar. Por tanto, hasta que hayamos aprendido a trascender el cuerpo, debemos tener un cuerpo y cuando lo perdamos tomaremos otro.

Sin embargo, no debemos identificarnos con el cuerpo, debemos considerarlo sólo como una herramienta útil para alcanzar la perfección. Hanumān, el devoto de Rama, resume su filosofía así:

*«Cuando me identifico con el cuerpo, oh Señor, soy Tu criatura, eternamente separada de Ti. Cuando me identifico con el alma (jīva), soy una chispa del Fuego*

*divino que eres Tú. Pero cuando me reconozco ātman, Tú y yo somos uno».*

Esta es la razón por la que el *jñāni* se esfuerza por realizar el *ātman* y ninguna otra cosa.

## ESO ERES TÚ

«La *Śruti* proclama la identidad del *ātman* con el *Brahman* en el dicho upanisádico «*tat tvam asi*» (Eso eres tú); sólo la comprensión y la propia realización del Sí-mismo-no-dual constituye la comprensión correcta de la palabra de la *Śruti*, más allá del significado formal (es decir, literal) que parece contradecir el conocimiento (inferior) y la experiencia común» (Śaṅkara: *Sarvavedāntasiddhāntasāra saṅgraha, sūtra* 699).

La consciencia, ahora madurada a su propia comprensión universal, está efectivamente libre de cualquier posible participación en la “modificación” inherente a la experiencia y el conocimiento comunes.

La experiencia y el conocimiento empírico conciernen a la esfera individual y están en relación con la mente sensorial (inferior, es decir, *manas*) y con sus propias facultades de análisis, reflexión, etc.; en consecuencia, la común experiencia y conocimiento están estrechamente relacionados con la «representación formal» y, en su propia esencia, no pueden realmente desprenderse y alejarse del aspecto forma.

Sin embargo, dado que la enseñanza upanisádica es de carácter iniciático, como tal busca y realiza una “experiencia” interior basada en la transformación real de la consciencia; por lo tanto, está totalmente fuera de la repre-

sentación mental común y, en su expresión simbólica -que es propia de cada “doctrina” y tiene como objetivo la realización de lo universal, con la superación y disolución del individuo-, a veces puede encontrarse en contraste con la interpretación puramente literal y discursiva.

«Saber no es Conocer, Conocer no es Saber» (*Tao-Tê-King*, 81), Gnosis es Conocimiento, es Conciencia, es Realización, es Identidad, es Ser; el “saber” es un simple filosofar racional, relegado por tanto al dominio mental, que es formal, finito y limitado y, en consecuencia, incapaz de captar lo Real.

Por otro lado, la mente misma (y todo lo que tiene una relación de coexistencia con ella) y lo individual en general, deben ser trascendidos para que puedan ser “comprendidos”, y para alcanzar el Conocimiento real en el dominio de lo Universal.

Así, tenemos, por un lado, la interpretación literal de las declaraciones de la *Śruti* y, por el otro, la “meditación sobre el símbolo” –en el que esas declaraciones se expresan como un medio ascético y como un “soporte” realizativo.

Por tanto, la expresión literaria en general, en tanto que “sustanciada” de las más altas verdades, permanece, en el fondo, como simple expresión formal cuya “representatividad” o cuyo “símbolo” deben de ser individuados y discriminados por el puro intelecto (*buddhi*) y sobre la base –necesaria e insustituible– de la adecuada madurez concienical, donde este término pretende significar el estado alcanzado a través del curso “evolutivo” justo y obligatorio de la consciencia del ente; esto implica que, en un “momento” (conciencial) dado, “la visión de las cosas se



transforma –para el ente mismo- en visión de símbolos”, y su vida misma es transformada y regenerada por este “segundo nacimiento”, que es espiritual, interior, y, en este sentido, la única que puede definirse como [vida] verdadera.

“Inteligencia” no es, por tanto, aptitud o capacidad (en un sentido “volumétrico”, por lo tanto espacial) para la adquisición erudita, aunque sea sobre la base de la perspicacia lógica, ya que todas ellas forman parte del dominio mental, analítico y racional; “inteligencia” es la libertad intelectual respecto del condicionamiento causado por la presencia de contenidos objetivadores y representaciones formales en general, y es, por tanto, la capacidad de “comprender”, que concierne directamente a la penetración intuitiva en el simbolismo revelado en esta nueva “visión” universal y en las enseñanzas doctrinarias en particular.

«El Símbolo es una expresión de Conocimiento sintético» y, como tal, debe ser penetrado, realizado y vivido.

En esto, por tanto, se diferencia del “concepto” analítico-racional (que es una simple representación formal), para el cual no hay otra operación que la de adquirirlo, asimilarlo, haciéndolo parte y fundamento del propio “modelo mental” y conductual.

Así, el conocimiento analítico, como la filosofía discursiva, es teorización, conceptualización, fijación y cristalización mental; la Doctrina, en cambio, es la descoagulación, la solución de toda cristalización mental, es Vida.

Si la “mentalidad”, por muy docta, sabia y expandida que sea, no es otra cosa que esta fijación-cristalización de la (sustancia) mental, la Doctrina –como enseñanza aplicada

de la Tradición- conlleva su superación, y esto sólo puede ocurrir con el desapego, la solución y su trascendencia.

Por tanto, si la expresión formal de la Doctrina aparece en contraste con la experiencia común (evidencia directa) y con el conocimiento analítico, esto se debe a que esta expresión simbólica constituye la síntesis de una Enseñanza y, por tanto, no concierne a lo individual (aunque sea en su aspecto colectivo o general), sino a lo universal, el dominio de los primeros principios, la esencia.

«De la misma manera, querido amigo, sabe esto: cuando un ser es abandonado por el principio vital, esto es, el alma viviente (*jīva*), [aquél ser] ya no puede vivir, por lo tanto muere. Pero cuando el hombre, como todo ser, muere, la palabra (el sonido, que es símbolo de la expresión vital del ser) se reabsorbe en la mente, la mente se disuelve en *prāṇa* (energía vital en general), el *prāṇa* en el *tejas* (Fuego Principal, impulso de la energía misma), y el *tejas* en la Esencia primordial sutil. De hecho, todo lo que existe está animado por esta Esencia; todo esto existe por (causa y por medio de) Ella; con respecto a esta Esencia, se puede decir que es el sustrato de todo ser y que es el alma de todas las cosas; es la única verdad (*satya*), es el propio Ser que, aunque imposible de captar (y comprender), es omnipresente; por lo tanto, es la única Realidad, es el *ātman*, y Eso eres tú, oh *Āvetaketu*».

(*Chāṅdōya Upaniṣad*: VI, XI-XVI)

La justa aproximación a la Enseñanza upanisádica exige una adecuada estabilidad de conciencia a nivel intuitivo-sintético y la trascendencia total del campo analítico-racional –propio de la mente individual-, de la conciencia separada y empírica (sentido del yo) con cuya modalidad puede aparecer en marcado contraste y oposición.

“Síntesis es Comprensión”, mientras que el análisis implica la exclusión y separación de lo unitario, indivisible, no dual en sí mismo.

Por tanto, la realización de la Esencia requiere la trascendencia de la sustancia y la Comprensión de la forma.

## SOMOS HIJOS DEL DESEO

P– Me pregunto por qué estoy aquí. ¿Puede darme una respuesta?

R– Imagino que usted se refiere al hecho de encontrarse en este plano de existencia. Vamos a examinar juntos esta pregunta.

Analizando su vida pasada, puede preguntarse: ¿cuál ha sido el impulso que me ha movido y llevado a la acción?

– Es difícil para mí decirlo en este momento.

R– Quiero ayudarle. ¿En qué trabaja?

– Soy funcionario en una oficina...

R– ¡Bien! ¿Ha habido un tiempo en el que ha tenido un deseo de ser, digamos, alguien en su campo?

– En verdad, había buscado ese empleo con el legítimo deseo de hacer carrera, de avanzar, como suele decirse.

R– Entonces, en aquel período vivía para satisfacer su deseo, para realizar su sueño, para complacer un ideal.

– Ciertamente, vivía yo para eso.

R– Por lo tanto, en cierta época fue impulsado a actuar apremiado por una específica exigencia de poder, de vanidad, de mejorar económicamente, etc. Vamos a tomar otro período de su vida. ¿Cuál podría ser? ¿Tiene familia?

– Sí, estoy casado y tengo dos hijos.

R– Tenemos también un período caracterizado por el deseo de una familia, de una pareja, de tener hijos, etc.; por el deseo de alejarse de la soledad. Todo ello constituye la satisfacción de nuestra instancia de apropiación, de sensaciones, de gratificación del ego. Podríamos seguir, pero vamos a detenernos aquí.

¿Para qué vivimos, entonces, esta condición de conciencia planetaria? Para saciar nuestras exigencias sensoriales, para coronar algunos ideales, para gozar de bienes materiales, intelectivos, espirituales; estamos aquí para manifestar nuestra sed de orgullo, de vanidad, de poder, etc. Usted está aquí para satisfacer deseos indefinidos, buenos o malos, elevados o no, altruistas o egoístas, y así sucesivamente.

Somos hijos del deseo y sólo su extinción podrá liberarnos.

– ¿Es posible vivir sin deseo?

R– Podría contestarle: sólo tiene que experimentarlo. La Realización, en el fondo, no es mera dialéctica. Por otra parte, podríamos preguntarnos: o existe una modalidad de conciencia sin deseo, una condición de Plenitud, de Absoluto, de Felicidad sin objeto, de movimiento en su propio eje, o estamos destinados a vivir eternamente en el conflicto y en el dolor, sin posibilidad de salida.

P– Me he dado cuenta de que el deseo es siempre dual.

R– Allá donde exista un deseo, también está el objeto del deseo; o sea, un movimiento elíptico alrededor de un dato-evento, pero la dualidad es limitación.

– En sus sermones, ¿se refirió el Buddha<sup>1</sup> a lo que estamos tratando?

R– El pensamiento filosófico oriental predominante es éste: ¿Qué son el conflicto y el sufrimiento humanos? ¿Qué origen tiene el conflicto y la inarmonía? ¿Cómo puede ser eliminado tal conflicto? ¿Cómo debería vivir el hombre para estar en armonía consigo mismo, con sus semejantes y con la naturaleza misma?

Responder a estas preguntas significa resolver el problema del individuo, significa “encarnar” tal filosofía; medirse en la experiencia práctica con esta filosofía es Realizarse.

La problemática oriental es de carácter práctico, empírico; el proceso realizador es igualmente empírico y práctico; el resultado es metafísica.

El Buddha, con su Iluminación, descubrió que la vida en el *samsāra* está compenetrada de conflicto y dolor. Las Cuatro Verdades tratan del sufrimiento, del origen del sufrimiento, de la eliminación del sufrimiento y de la vía que lleva a la solución del sufrimiento o del conflicto. El origen del sufrimiento, según el Buddha, es la sed del placer-gozo, es el deseo de ser esto o aquello, es la avidez de vivir ciertas experiencias duales. El *nirvāna* representa la Paz profunda, la Realización, la Plenitud, el movimiento sobre su mismo eje y la Felicidad sin deseo. Pero en el *nirvāna*, obviamente, no existe el yo egoístico, apropiador y samsárico, sino el “Ser”, la Vida en cuanto tal, sin ninguna denominación y

---

<sup>1</sup> El Buddha significa el Iluminado

cualificación. ¿No reveló el propio Cristo el Amor, que es Felicidad sin deseo?

P– Entonces, ¿la felicidad no existe en el hombre?

R– Si existe el dolor, debe existir también la felicidad. A usted le toca descubrir dónde y cómo lograr uno u otra.

– El dolor no es preciso descubrirlo, lamentablemente lo vemos muy a menudo...

R– En cuanto a la felicidad, en cambio, usted queda en la incertidumbre, no sabe dónde encontrarla, ni cómo alcanzarla. ¿No es así?

– A veces la he vivido, ¡pero es tan avara!

R– Pero puede que fuera solamente una felicidad sensorial, como culminación de algún deseo. Cuando gozamos somos felices, pero no estoy hablando de esta felicidad sensorial y fugaz. Hablo de la Felicidad sin deseo.

– ¿Me puede dar un ejemplo?

R – Le ruego pongamos la debida atención. Aquí, sobre la mesa, ¿puede ver mi carpeta? En este momento pienso que usted no siente ningún deseo por ella. La ve, la puede tocar también, pero no recibe ningún estímulo que pueda modificar su conciencia; en usted, en suma, no hay ninguna reacción; está satisfecha de su actual estado vibratorio, no sale del campo de su propia especificidad psíquica para determinar una acción, un movimiento elíptico, un cambio de pensamiento. Podemos decir aún que usted vive en su plenitud la relación con este objeto. ¿Verdad?

– Seguro. No puede condicionar mi conciencia, ni en manera atractiva ni repulsiva; no siento ningún sentimiento, soy indiferente.

R– Entonces, aun encontrándose frente a un objeto, permanece en la paz más profunda, en una “divina indiferencia”.

Extienda esta condición a todos los objetos que puede ofrecer la vida material del planeta: incluso la envidia, la competición, el prestigio, etcétera.

– ¿Es ésta la condición del Liberado?

R– Así como hay partículas elementales que entran y salen de campo electromagnético del átomo sin sufrir modificación alguna –por lo tanto ni atracción ni repulsión–, de igual manera hay personas que entran y salen del campo electromagnético humano sin sufrir alteraciones. Estos individuos se llaman Liberados, Despiertos, Realizados vivientes acabados y perfectos, *Jivanmukta*, para decirlo según el *Vedānta*.

P– ¿Es suficiente eliminar todo deseo para ser Liberados?

R– Por la forma en que se expresa parece fácil el desapego de la vida del yo y de sus atributos.

P– Usted<sup>1</sup> afirma que eliminando todo deseo nos liberamos. Reconozco muy eficaz esta operación quirúrgica. En otros términos, corresponde a la amputación de la pierna para eliminar el dolor-conflicto en el paciente.

R– ¿Está de acuerdo en que la causa del conflicto humano es representada por el deseo, por no poder poseer lo que se quiere?

– Es decir, por el interés.

---

<sup>1</sup> Otro participante, dirigiéndose al participante anterior.



R– Interés por algo, deseo-interés-sentimiento de obtener objetos-eventos: materiales, intelectuales y espirituales. El deseo se manifiesta de mil maneras, desde el más simple y elemental que sentimos por un juguete infantil hasta el más refinado, el de poseer riquezas, incluso espirituales.

– ¿De qué manera puedo eliminar el deseo?

R– Vamos a examinar juntos este problema, ¿quiere? Podríamos inhibirlo: sería la amputación de la que usted habla. Ya se sabe que cualquier forma de inhibición no resuelve el problema; por otra parte, mientras subsistan las raíces de los deseos, la inhibición representa un contrasentido. Podríamos eliminar, amputar todos los objetos que causan deseos, así que éstos, no teniendo un estímulo externo, no podrían manifestarse. En el fondo sería una inhibición, una operación que haríamos forzosamente no ya al sujeto, sino al objeto. Como ya vimos, no es el objeto externo o interno el que nos condiciona, sino nuestra respuesta, nuestra reacción ante él. Habría otro medio: el de inhibir el pensamiento, de modo que, no pensando más, la emoción no sería percibida a nivel consciente: solución idónea para salir del paso, pero no resolutiva, porque cuando se vuelve a pensar, la emoción vuelve a aparecer.

Tendríamos además el método de la evasión con los distintos deportes, el sexo, la diversión en general o, también, el dedicarse a obras piadosas o meritorias, ir de acá para allá a predicar el verbo de nuestra propia evasión o limitación.

No tenemos que inhibir, darle muerte o eludir el deseo. Por otra parte, no se trata de acallararlo o de darle salidas más o menos inocentes o moralmente superiores; tenemos, en

cambio, que resolver el deseo. Como puede observar, nuestra problemática es distinta.

Resolver un problema significa eliminar el problema mismo. Ahora sabemos que un dato (*sic*) se resuelve de una sola manera: comprendiéndolo. ¿No es cierto? Cuando comprendemos el deseo, cuando seguimos esta energía que nace, avanza y nos impulsa al conflicto, cuando comprendemos su verdadero movimiento, somos liberados de la limitación y de la esclavitud, y donde hay comprensión no puede haber inhibición, huida u otra cosa.

– ¿Piensa usted que con la comprensión del deseo tenemos la solución del problema humano?

R– Hermano mío, es con la comprensión de nuestro mismo proceder como podemos trascendernos. Con la comprensión del origen del conflicto y, por ende, de la dualidad, podemos, en fin, conseguir nuestra Plenitud.

– ¿Necesito un Maestro para comprenderme?

R– Sólo de un corazón que sepa revelarse a sí mismo, de un corazón que haya dejado de desear hasta las cosas más lindas, más espirituales y más elevadas, un corazón que haya vuelto a la Quietud sin objeto. Todo ser humano puede ser de gran ayuda a otro, pero la verdadera solución de nuestra limitación nos corresponde a nosotros mismos afrontarla y realizarla.

– ¿Cómo puede lograrse esa comprensión?

R– Con la discriminación entre lo Real y lo no real, entre nómeno y fenómeno, entre Sí-mismo y no sí-mismo. Pero la vía del *jñāni* no está constituida por simples deducciones cognitivas con las que eliminar las sobreestructuras conceptuales y fenoménicas que velan la Realidad.

P– En otros términos, ¿eliminando la idea de la serpiente sobre de la cuerda?

R– Śaṅkara da exactamente este ejemplo para que se entienda mejor el mecanismo mental de la proyección, ya lo hemos visto con anterioridad.

\*\*\*

R– Vamos a seguir este ciclo de conversaciones con la esperanza de que pueda llevarnos a una mayor comprensión de nosotros mismos.

Tengamos presente que las nuestras conversaciones son estímulos que requieren atención consciente y penetración intuitiva, las cuales, a su vez, pueden revelar la verdad que reside en lo más íntimo de nuestro corazón.

Personalmente, no soy depositario de la Verdad, ni me atrevo a ponerme en condición misionera o de apostolado; la Verdad no necesita pregoneros. Ella está ahí, estuvo siempre ahí y lo estará siempre, en todo lugar y en toda época; se revela por sí misma cuando se practica la correcta discriminación y la inteligente reflexión. La Verdad no puede ser limitada a un esquema, a una enseñanza, a un “sistema” filológico, ni puede ser regalada como si se tratase de una caja de dulces; la Verdad se entrega a quien sabe amarla. Pero el hombre no ama la Verdad, sino la erudición de su mente, su yo –con lo que de indefinido contiene-, la vida de la forma cambiante y fluctuante, la gloria del poder material y espiritual, su salvación a condición de que sea realizada y donada por otros.

Cuando comprendamos que la Verdad no es nuestro pasado, hecho de orgullo, de soberbia, de separatividad, de egoísmo, de ambiciones mundanas y espirituales; cuando descubramos que la Verdad es algo Inocente, Esencial y Sencillo, que se encuentra en todas las manifestaciones de la vida, entonces, con gran humildad, sabremos abandonar todo lo que nuestra mente ha acumulado hasta ahora.

El amor revelará la realidad, que está compenetrada de amor; comprender es amar y el amor lo encontramos en los puros de corazón, en los que se dirigen al aspecto Vida y no a los objetos que encadenan y nos vuelven esclavos y ávidos.

## LA REACCIÓN ES SENSIBILIDAD

«Al entrar en contacto con los objetos sensoriales, la mente imagina sus cualidades. Cuando su reflexión madura, nace el deseo y, bajo la impresión del deseo, se esfuerza por poseer el objeto».

¿Cómo nace la condición agradable-desagradable? Cuando vemos un objeto externo (o interno, si es proyectado con la imaginación), al llevar la atención a él podemos encontrar una triple modalidad expresiva:

El objeto suscita indiferencia en el *kama-manas* (mente sensorial); la conciencia no es turbada y permanece libre.

El objeto suscita una sensación de repulsión; la conciencia se contrae.

El objeto suscita una sensación agradable: la conciencia se inclina hacia el objeto.

En todos los casos, el objeto es sólo el estímulo externo, el cual es... inocente. Así, es necesario que dirijamos la atención a nuestra *reacción* ante el objeto.

Por otro lado, frente a un mismo dato cada individuo reacciona de modo diverso, lo que significa que si queremos encontrar la solución al problema no debemos salir fuera de nosotros mismos ni considerar de modo exclusivo el dato,

sino que, como dijimos anteriormente, es necesario observar nuestra reacción a él.

La reacción es *sensibilidad*. Pero esa sensibilidad reactiva puede ser tan profunda que llegue a turbarnos, a descentrarnos, a agotarnos emocionalmente, a apegarnos y a producir una atracción incontrolada. En este caso, nos convertimos en prisioneros del objeto. Por ejemplo, cuando vemos una manzana, ¿cuál es nuestra respuesta? Si nos produce una fuerte atracción, nos veremos obligados a poseerla, incluso con sacrificios. Eliminando totalmente la manzana no resolveremos el problema, porque precisamente la reacción está en nosotros, no en la manzana. Si, por contra, queremos resolverlo, deberemos enfrentarnos a nuestra *reacción sensible*. ¿De qué modo operan nuestras reacciones sensibles, ya sea ante las formas vitales que nos circundan o ante cada circunstancia en nuestra relación con la vida? ¿Existen reacciones que escapan a nuestro control? Cuando hayamos comprendido este mecanismo y hayamos trabajado lo suficiente para dominarlo, entonces habremos realmente resuelto la mayor dificultad que acecha al discípulo que busca la liberación, esa, precisamente, de la *acción reactiva* ante las formas, los nombres y las relaciones<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Extraído del *Vivekacūdāmani*, de Śaṅkara, con el comentario de Ráphael: *sūtra* 326. Āśram Vidyā España, Madrid.

## ES NECESARIO ESTAR PREPARADOS<sup>1</sup>

La espiritualidad –tomando esta palabra en su significado más amplio– se torna con frecuencia en manantial de confort y compensaciones para esas conciencias que no quieren afrontar el “monstruo” que habita dentro de sí, inclusive la “beneficencia” puede constituir una inocua fuente de compensación o consuelo psicológicos; la acción de un discípulo puede ser dual: puede siempre llevar adherido un componente compensatorio.

Muchos, se exponía poco antes, están agobiados por un *karma* gravoso, por desarmonías y trastornos psíquicos, por lo que van desesperadamente en busca de auxilio y alivio; y, si no lo obtienen, se rebelan. En nuestros días, ha disminuido el “calor” familiar, el sentido de la amistad, incluso el reposo y la relajación física, porque todos están en la carrera por las ganancias materiales, para afrontar las exigencias del consumismo enajenante. Pero esta carrera no solamente no conduce al Ser, sino que nos deshumaniza y embrutece, acarreando una mayor enajenación, conflictos de todo género y, paradójicamente, una incertidumbre aún mayor. Otros se inscriben en Escuelas iniciáticas por prestigio, por avidez

---

<sup>1</sup> Extraído de *Esencia y Finalidad del Yoga*, Ráphael. Āśram Vidyā España, Madrid.

de títulos, cargos y provechos; es decir, como siempre, por compensaciones psíquicas. A todos estos buscadores de “valores mundanos”, a estos inadaptados, resignados, los *guru* orientales y occidentales ofrecen *conforte* y algunos, incluso, brindan un tipo de comunidad-sociedad ingenuamente hedonista, de tipo *carpe diem*, tolerando una plácida licencia, al límite del libertinaje, para aturdirse y olvidarse de la natural carencia de la individualidad. En otros términos, se publicita hoy el bíblico “becerro de oro”.

Diremos, con toda sinceridad, que gran parte de los métodos *yoga* hindúes y budhistas en Occidente sólo proponen motivos terapéuticos, por lo que el cristiano y el profano tienen buen criterio al clasificarlos como métodos al servicio del yo egoístico, para satisfacerlo y expandirlo.

El hecho es que para la realización, para la liberación, o para llegar a ser auténticos Iniciados, se requiere de precisas cualificaciones; en otras palabras, *es necesario estar preparados*. Si no hay una específica *vocación*, una profunda *llamada* de la conciencia –que no del “yo mendicante”–, un ardor por las cosas que *son* y no cambian, no se puede hablar de *yoga*, ni de realización, ni de liberación y ni siquiera de salvación en el sentido cristiano. Si no se da un preciso impulso hacia lo suprasensible, mejor sería no emprender el proceso de realización o iniciático, para evitarse seguras decepciones, origen de sucesivos conflictos, y también para no desacralizar ese pequeño resto Sagrado que desesperadamente intenta sobrevivir a este *Kali-yuga*.

La Realización, en cuanto tal, produce sus frutos que son –según las indicaciones unívocas de dos grandes y auténticos Maestros: Platón y Śāṅkara– Beatitud estable



y Conocimiento estable. Pero muchos prefieren el conflicto que se deriva del inestable y contingente goce sensorial, de la caducidad de lo tosco sensible y de la erudición cuantitativa.

El Conocimiento auténtico y resolutorio se dirige a todos –no existen privilegiados o predestinados–, aunque no todos lo quieren aceptar y *vivenciar*, por lo que ha de circunscribirse a esos pocos (en parangón con los millones de “dormidos”) que, mordidos por la serpiente de la *avidyā*, se han despertado un poco a la consciencia de que algo, en ellos, no funciona.

La esperanza a expresar es que todos puedan encontrar la Beatitud, siguiendo el sendero mejor adaptado a sus exigencias particulares (que el sendero sea oriental u occidental tiene poca importancia; sí es importante que sea un sendero puro), pues todos y cada uno, sin excepción, tienen en sí mismo este tesoro inconmensurable que, por un acto de *identificación* con lo caduco y perecedero, han olvidado completamente.

La esperanza es que todos puedan devolverle las alas a su alma –relativamente caída– para volar hacia la suprema cima de la Beatitud sin objeto, nuestra real naturaleza que, aun “oscurecida” o velada, jamás podrá ser destruida.

## COLECCIÓN ĀŚRAM VIDYĀ ESPAÑA

- 1) *Más allá de la duda*, de Ráphael.
- 2) *Yogadarśana\**, de Patañjali.
- 3) *¿Qué Democracia? Referencias para un buen gobierno*, de Ráphael.
- 4) *Tat Tvam Asi – Tú eres Eso*, de Ráphael.
- 5) *La Triple Vía del Fuego*, de Ráphael.
- 6) *Esencia y Finalidad del Yoga. Las vías iniciáticas a la trascendencia*, de Ráphael.
- 7) *Pensamiento hindú y Mística carmelitana*, de Svāmi Siddheśvarānanda.
- 8) *Fuego de Ascesis*, de Ráphael.
- 9) *Más allá de la ilusión del yo. Síntesis de un proceso realizador*, de Ráphael.
- 10) *Fuego de despertar. Unidad en el Cambio*, de Ráphael.
- 11) *Bhagavadgītā. El Canto del Beato\**.
- 12) *Vivekacūḍāmaṇi\**, de Śaṅkara.
- 13) *Fuego de Filósofos*, de Ráphael.
- 14) *En las Fuentes de la Vida*, de Ráphael.
- 15) *Drigsdriśyaviveka\**, atribuido a Śaṅkara.
- 16) *El Sendero de la No-dualidad (Advaitavāda)*, de Ráphael.

- 17) *Orfismo y Tradición Iniciática*, de Ráphael.
- 18) *Parménides*, de Ráphael.
- 19) *Uttaragītā, El Canto Sucesivo*, a cargo del Grupo Kevala.
- 20) *Obras Breves*, de Śaṅkara.
- 21) *Aparokṣānubhūti\**, de Śaṅkara.
- 22) *La Vía del Fuego según la Qabbālāh*, de Ráphael.
- 23) *Iniciación a la Filosofía de Platón*, de Ráphael.
- 24) *La Ciencia del Amor*, de Ráphael.
- 25) *Autorrealización*.

Próximos títulos:

- *Cinco Upaniṣad\**
- *Māṇḍūkya-kārikā\**, de Gauḍapāda.
- *Upaniṣad\**.
- *Glosario Sánscrito*.
- *Brahmasūtra\**, de Bādarāyaṇa.
- *Plotino - Con Antología Plotiniana*, de Giuseppe Faggin. Presentación de Ráphael.

\* Traducidos del sánscrito y comentados por Ráphael.

*Vidyā* es un periódico cuyos artículos se relacionan con la *Philosophia perennis* o Metafísica tradicional y cuyo propósito es esencialmente *realizativo*.

La palabra sánscrita *vidyā* significa conocimiento, sabiduría, ciencia, y deriva de la raíz *vid* (de ahí *Veda*) que significa ver-saber. *Vidyā* está también asociada a la palabra *satya*, de la raíz *sat*: “ser”; por tanto, “conocer es ser”; esto representa el principio mismo de la Metafísica tradicional que es exclusivamente “Conocimiento de Identidad”.

Así, *sophía*, *gnosis*, en su acepción tradicional, significan Conocimiento-sabiduría y ésta es catártica, lleva a la *metánoia*, a una transformación profunda de la conciencia, es decir, a una modificación en el pensar, sentir y vivir. Bajo esta perspectiva, es necesario poner mucha atención porque hay una clara distinción entre Conocimiento y erudición.

Si *vidyā-gnosis-sophía* es puro conocimiento, entonces existe un solo Conocimiento, una sola Filosofía, una sola Metafísica, así como un solo Arte y una sola Literatura.

Los libros editados por Āśram Vidyā España (véase página anterior) pueden encontrarse en las librerías. No obstante, si, por cualquier causa, esto no fuera posible, pueden ser solicitados a:

E-mail: [vidya@asramvidya.es](mailto:vidya@asramvidya.es)